



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9817

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empazará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

JUEVES 26 DE JULIO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1  
(Paseo de Recoletos.)  
Subdirectores: SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª  
Cartagena, P. Caballos, 15.



### GARANTÍAS.

Capital social efectivo... Ptas. 12.000.000  
Primas y reservas... 42.889.747

TOTAL... 54.889.747

### 29 AÑOS DE EXISTENCIA

**SEGUROS CONTRA INCENDIOS.**  
Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acrecienta la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226.307.77.

**SEGUROS SOBRE LA VIDA.**  
En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

### HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillars, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL  
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

## DE ATENAS A ESPARTA.

Seis meses de permanencia en Atenas habian confortado mi salud, próxima á una tisis galopante; con-

tribuyó especialmente mi paseo cotidiano, de cuatro horas, alrededor del monte Imeto. Seis meses me habian permitido, en unión de mi hermano Conrado, satisfacer mis deseos de estudiar las antigüedades, religión y costumbres y sobre todo me habian sacado del atoladero de no saber hablar el griego.

Habia yo estudiado el griego antiguos tan elementales como aquellos, sobre todo de una lengua muerta, no me servian para poder hablar. Así es que, al llegar allí, me encontré con dificultades mil, puesto que mi hermano, que lo hablaba, no se me juntó hasta muchos días después; aquella lengua es tan diferente de la nuestra y tan nueva que, no sólo las palabras no tienen siquiera las mismas raíces, sino que ni las mismas letras, pues hay que empezar por aprender un nuevo alfabeto. Este lo conocía de sobra con las nociones del griego antiguo. Me dediqué, con ahínco al estudio de la lengua, pues, y á los

quince días me hacia comprender: á los seis meses pude emprender mis viajes por el Atica, Peloponeso, Dardanelos, para después ir á Constantinopla y Jerusalén, poblaciones ambas en que quería seguir mis estudios de observación histórica y actual, como los habia hecho en Roma.

Emprendí la marcha hacia la extremidad sudoriental del Atica, donde visité por vez primera las labores de minas. Visité pozos, traviezas, anchas galerías y hornos de las ricas minas de Laurión, entonces en explotación activa. Minas famosas ya en la edad de oro griego, las que supo abrirles el sabio y famoso Péricles.

El viaje no era cómodo, pues, después del carril de Pireo á Atenas, no habia otro en toda la nación; así es que, era preciso echar mano de la más pacífica de las cabalgaduras, del asno, familia allí abundante y no peligrosa. Así marchando por el litoral, hacia el Norte, después de salvar la cordillera Pentelico, llegué á las fértiles cuanto célebres llanuras de Maratón; por aquel notorio hecho de armas en que, 10.000 atenienses y 1.000 plateos, al mando de Milciades, peritamente dirigidos, derrotaron en la primera guerra médica al innumerable ejército persa que, con fue sobrecogido del pa su número, minio en manos de aquellos 11.000 valientes.

Poco después de esta vista, pisé las antiguas moradas puras y virginales de las Musas, con cuya inspiración los Homeros, los Virgilio, los Sófocles, los Eurípides y tantos poetas de la antigüedad y de todos tiempos han cantado el amor, la tragedia, la tranquilidad y el heroísmo. Me hallaba cruzando los prados, salvando las cañadas y subiendo las pendientes del monte Parnaso. Allí á sus plácidas sombras me detuve para evocar recuerdos de literatura; reposé y dormí

un sueño tranquilo entre los mirtos, debajo de un cinamomo; entre aquella misma familia de mirtos donde fueron inspirados tantos cantos, respirando los céfiro embalsamadores de aquel Eden divino, antiquísima morada de aquellas ninfas que servían la mesa de Ninus, Cupido y demás divindades de los antiguos helenos.

Después de visitar aquellas felices tierras del Atica, tomando hacia la derecha, llegué frente á Jálquida, capital de la grande isla Eubea ó Negroponto, tan célebre en la historia antigua de la Grecia. Su entra á Jálquida por medio de un puente que, uniendo el Negroponto al continente, facilita la contemplación de un fenómeno interesante. Habitualmente se contempla el mar, encauzado, á modo de río, entre la larguísima isla y el continente; pero cada seis horas se ve partirse aquel mar angosto en dos grandes corrientes, que huyen en sentido opuesto, cuando tiene lugar el flujo de la marea y á las otras seis horas se ve aparecer otras dos corrientes que se aproximan hasta llegar á unirse, cuando tiene lugar el reflujo. Habitantes, edificios y costumbres de la isla son una reproducción de la poco aseada Atenas vieja actual, pues parece un barrio musulmán.

Otra vez preciso andar para llegar al celeberrimo paso de las Termópilas. Ante su presencia, uno se extraña de que aquel numeroso ejército persa que, marchando por tierra, á la vista y en combinación con otro de mar, vino al país de los Jerjes y Artajerjes con ánimo de exterminar á los griegos y posesionarse de su país, hubiese podido salvar aquella difícil angostura, formada por los peñascos de la costa rocallosa y elevados despeñaderos, sin perecer por completo. No pereció allí, reservado para sufrir mayor confusión y vergüenza, ante la astucia griega; pues, refugia-

dos los griegos en pequeños buques, apostados entre las angosturas formadas por el continente helénico y la isla de Salamina, entre el Atica y la Argóida, derrotaron á voluntad á los persas, hasta el caso de que, en su confusión, el Rey persa tuvo que huir escapado en una baquilla. Con este hecho decisivo, de batalla naval, interpretaron los griegos la respuesta de su Oráculo «tras los muros de madera os salvaréis» y fue tal su triunfo, que terminó la segunda guerra médica.

Regresando del paso de las Termópilas, detúveme, para admirarla en la célebre é histórica Tebas, en la Beocia; fui á la célebre Delfos, pero ¡otra desilusión! tampoco existia conservado el famoso templo de Apolo, edificado en la falda de un peñasco, teniendo ocho columnas de fachada. En el arquitrave brillaban los escudos de armas en oro, consagrados por los atenienses después de la batalla de Maratón. En el atrio se leían varias máximas de la sabiduría antigua: *conócete á ti mismo; no hagas excesos; la desgracia te sigue de cerca*, etc. Era, dedicado á Apolo, quien daba oráculos en él por mediación de una sacerdotiza, llamada Pitonisa.

Luego pasé á la ciudad de Platea cuyos campos fueron los de la batalla decisiva de la tercera y última guerra de aquél período.

Dejando Atenas á la izquierda, dirigíme con interés y regocijo á Corinto para recorrer el Peloponeso, después de entregarme á la contemplación del famoso Golfo donde las armas españolas obtuvieron, contra las huestes otomanas, la importante batalla de Lepanto, así como á la de la ciudad de Corinto que fue uno de los primeros centros donde fermentó y tuvo acogida la doctrina cristiana, llamada á reformar aquella sociedad. Más, fue para mí un verdadero objeto de tristeza el ver la futilidad é inconstancia en las cosas humanas, en las cuales

230 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

tante vega; allá entre lo oscuro veo las luces de su real; ¡duermen tal vez! ¡que toquen al arma! quiero arrojar á los cristianos más allá de las fronteras; y luego entrar por su tierra y llegar hasta Aragón y Castilla. ¡Oh! y cuando yo sea rey, cuando vuelva rodeado de la aureola de mi gloria, ella me amará, porque las hermosas aman á los valientes. ¡Oh! sí, yo conquistaré su amor anegando hasta las cinchas á Samyél en sangre de cristianos.

Y lanzó otra larga carcajada. Schamsul-Ilemal se estremeció al medir el inmenso abismo del amor del emir: un silencio profundo siguió á su risa insensata.

De repente sus ojos se dilataron, pasó la mano por su frente, miró en torno suyo como si despertase de un sueño, y la luz de la razón volvió á aparecer en sus ojos. Schamsul-Ilemal, que le observaba, respiró como aquel á quien alivian de un gran peso, y se sentó en el diván.

Muza recordó entonces la visión de los siete siglos, vió en el cuello de Schamsul-Ilemal el talisman salvador, y por un momento el amor al rey y á la patria dominó en su corazón.

—He soñado, dijo á Schamsul-Ilemal, avergonzado de su debilidad, me he olvidado por ti de mis deberes de muslim y de caballero. ¡Oh! ¡por Allah! ¡antes que todo es necesario salvar á Granada! Dame tu ta-

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 231

lismán, Schamsul-Ilemal, y yo te juro olvidar mi desdichado amor, y pasar á una tierra extraña y morir en ella después que haya vencido á los cristianos.

Si un momento antes hubiera hecho á la joven tal demanda, el talisman hubiera tornado invencible á Muza, pero después de la lucha anterior tuvo miedo de despojarse del amuleto que la protegía, temió ser objeto de la violencia del emir, y tembló al pensar que la sangre de Gastón podía ser vertida por su imprudencia.

Muza vió una negativa en el silencio de Schamsul-Ilemal, se irritó, y con la irritación volvió á su demencia y su furor.

—¡Oh! esclamó, ¡ni tu amor, ni mi honra! pues bien, yo te arrancaré esa joya preciosa, y serás mía, esclava, y venceré. ¡Por que tú eres mi esclava! ¿lo entiendes? gritó arrojándose á Schamsul-Ilemal.

Gastón tembló de cólera tras el tapiz, pero como antes, se encontró sujeto y sin voz.

Pero sin su ayuda la acometida de Muza fue inútil; parecía que rodeaba á la joven un círculo de diamante.

El emir conoció su impotencia, y se arrojó sollozando á los pies de Schamsul-Ilemal.

—¡Oh! tú, quien quiera que seas, la dijo, mujer ó genio, ángel ó demonio, vuélveme la paz de mi corazón ó esterminame.

231 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Y entregados á su felicidad, reían como locos y lloraban como niños, y la luz de la lámpara parecía amortiguarse envidiosa de tanta dicha.

Y ni uno ni otro se contaron su historia, ni pensaron en el porvenir; porque el presente llenaba sus almas, y les envolvía en sus alas la hada de los amores, y gozaban hasta lo infinito la parte de locura y de olvido de las penas humanas, que Allah ha concedido al hombre para darle un solo momento de paz en su larga y penosa peregrinación sobre la tierra.

Pero en medio de este sueño de amores, hasta el centro del silencioso retrete, conducido al través de los agiteces por las alas de las brisas, llegó el sordo rumor de pasos de caballos, el cruir de armas y el murmullo sordo de algunas voces á poca distancia del pequeño alcázar de Muza.

Gastón fué á un agitez, y miró al campo en dirección á donde sonaba el rumor de las voces; entonces vió mas allá del laurel, por la parte occidental, sobre el camino de la ciudad, una pequeña casa en que no habia reparado á su llegada; junto á ella, heridas por la luna, lanzaban destellos las armas de algunos soldados moros, y se oía el relincho de los caballos y el ruido de las armas de los soldados que habian descabalgado.

Schamsul-Ilemal miró también aquella gente.